Cambiar lo que es posible: la experiencia del Colegio María Escobillana

Una historia de liderazgo, trabajo docente compartido y nuevas oportunidades de aprendizaje

Colegio María Escobillana Guzmán · Graneros, Chile

Una directora que decidió impulsar cambios

En mayo de 2014, más de 2.000 docentes y directivos participaron en el seminario Líderes de la Educación del Futuro, realizado en la Estación Mapocho de Santiago. Sylvia Langford fue una de las expositoras.

Entre los asistentes estaba Alejandra Araya Matus, directora del Colegio María Escobillana Guzmán, de Graneros, Región de O'Higgins. El establecimiento atendía a una comunidad con importantes desafíos sociales.

Alejandra quería mejorar las oportunidades de aprendizaje de sus estudiantes. Buscaba fortalecer su disposición a participar, desarrollar hábitos de aprendizaje y ayudar a los docentes a trabajar con metas compartidas.

Después del seminario, decidió incorporar el Método Langford como una herramienta para organizar experiencias de aprendizaje y compartir criterios entre los docentes.

Un propósito compartido entre las aulas

En una escuela, cada docente llega con experiencias y formas de enseñar diferentes. Para avanzar en una dirección común, el equipo necesita acordar qué quiere desarrollar y cómo va a apoyar a los niños.

La escuela comenzó a trabajar seis hábitos: seguir instrucciones, autocontrol, autonomía, calma, voluntad de actuar y práctica. No se esperaba que todos los niños respondieran de la misma manera, sino que pudieran participar y aprender desde sus distintos puntos de partida.

Para conseguirlo, también era necesario revisar las condiciones del aula: cómo se entregaban las instrucciones, qué apoyo necesitaban los estudiantes y qué oportunidades tenían para intentar, corregir y practicar.

Las expectativas claras y las actividades de dificultad apropiada comenzaron a formar parte de un enfoque compartido. Los docentes necesitaban observar qué podían hacer sus estudiantes y cuándo convenía intervenir.

Cambiar las oportunidades de aprendizaje también requería que los adultos revisaran su manera de enseñar.

Los cambios que observó Alejandra Araya

Unos cuatro años después, Alejandra describió cambios en la participación de los niños y en la manera en que otras personas percibían al colegio.

«La gente que viene, que visita y conoce el colegio, pregunta qué está pasando aquí, porque los niños se comportan de otra manera.»

— Alejandra Araya, directora

Había seguido a estudiantes desde su ingreso a educación parvularia hasta 4.º básico. Según su testimonio, observó cambios en la manera en que participaban en la vida escolar y asumían algunas de sus responsabilidades.

Para Alejandra, esos avances no se limitaban a una actividad programada. Reflejaban el trabajo cotidiano del equipo y el valor de mantener una orientación compartida a lo largo del tiempo.

Cuando los estudiantes sorprenden a sus profesores

Otro testimonio importante fue el del profesor de Educación Física Cristian Sepúlveda.

Cristian prestó especial atención a estudiantes del Programa de Integración Escolar (PIE), que reciben apoyos educativos según sus necesidades.

Describió cambios en la atención, la concentración, la memoria y el autocontrol de algunos de ellos. Señaló que no ocurrieron de inmediato: comenzaron a hacerse visibles después de una práctica sostenida.

Lo sorprendió especialmente que, durante algunas actividades de cálculo mental, estudiantes que recibían apoyo permanente de educación especial —incluidos algunos con discapacidad intelectual leve— terminaran antes que sus compañeros.

«Hay clases en que los alumnos que reciben apoyo permanente son los primeros en terminar la actividad, y eso me sorprende.»

— Cristian Sepúlveda, profesor de Educación Física

Esos resultados lo llevaron a reconsiderar sus expectativas sobre lo que determinados estudiantes podían llegar a realizar.

Un diagnóstico puede ayudar a identificar apoyos necesarios, pero no debería utilizarse como un límite automático a las capacidades que un niño podría desarrollar.

El relato de Cristian muestra el valor de observar lo que los niños consiguen realizar y de ofrecer actividades donde puedan demostrar sus avances, sin desconocer las necesidades de apoyo de cada uno.

Cambiar las prácticas docentes también exige valentía

Cristian reconoció que probar una forma nueva de trabajar puede generar dudas. Un profesor puede preguntarse si la actividad funcionará, si los niños responderán o si se perderá tiempo de clase.

Él también sintió esas preocupaciones. Sin embargo, lo que observó durante las actividades lo llevó a reconsiderar algunas ideas.

Había visto a estudiantes realizar tareas que no esperaba, incluidos niños que necesitaban apoyos educativos adicionales.

Su experiencia invita a preguntar si algunas prácticas que nos cuesta cambiar podrían ofrecer mejores condiciones para que los estudiantes participen y aprendan.

Escuchar, comprender instrucciones, regular las respuestas y trabajar con autonomía pueden ayudar a aprovechar una actividad de aprendizaje. Sin embargo, estos hábitos no reemplazan la enseñanza de los contenidos.

Los docentes también necesitan explicar con claridad, presentar actividades apropiadas al nivel de los estudiantes y ofrecer oportunidades suficientes para practicar y enfrentar nuevos desafíos.

Mejorar el aprendizaje requiere atender tanto a las capacidades de los niños como a las condiciones que los adultos organizan.

La inclusión necesita oportunidades reales

Incluir a los niños no consiste únicamente en compartir una sala. También requiere ofrecerles oportunidades para participar, aprender y desarrollar sus capacidades junto a sus compañeros.

Los estudiantes no comienzan desde el mismo punto ni avanzan al mismo ritmo. Algunos necesitan adaptaciones, orientación adicional o apoyos especializados que deben mantenerse cuando son necesarios.

Al mismo tiempo, esos apoyos pueden organizarse para que los niños utilicen y fortalezcan las capacidades que están desarrollando. La sorpresa de Cristian surgió precisamente al observar lo que algunos estudiantes lograban hacer.

Esta experiencia no demuestra que todos los niños alcanzarán los mismos resultados ni que un método pueda resolver una discapacidad. Sí recuerda la importancia de ofrecer experiencias que permitan descubrir y desarrollar capacidades que aún no se han manifestado.

El liderazgo de la dirección

Alejandra impulsó una dirección compartida para la escuela. Su decisión abrió oportunidades para que los docentes coordinaran expectativas, revisaran prácticas y observaran de otra manera a sus estudiantes.

El enfoque de Langford ofreció un punto de encuentro para trabajar las capacidades de los niños y los hábitos relacionados con el aprendizaje.

Sin embargo, el trabajo cotidiano perteneció a la comunidad escolar. La directora promovió el cambio, y los docentes lo llevaron a sus aulas.

El caso muestra cómo el liderazgo de una directora puede ayudar a que un equipo docente se anime a revisar sus prácticas.

Una escuela capaz de seguir mejorando

El valor de una experiencia educativa no debería medirse solo por las actividades que introduce. También importa lo que los docentes aprenden sobre su propia capacidad de observar, enseñar y mejorar.

En María Escobillana, Alejandra impulsó una orientación común, mientras docentes como Cristian comenzaron a reconsiderar algunas de sus expectativas.

Una pregunta importante es qué ocurre después: ¿puede la escuela utilizar lo aprendido para identificar nuevas necesidades y decidir cómo abordarlas por sí misma?

Los testimonios disponibles no permiten afirmar qué cambios adicionales realizó el colegio posteriormente. Sin embargo, muestran una experiencia que invitó al equipo a examinar sus propias prácticas.

La aspiración es que una comunidad escolar pueda continuar observando, evaluando y mejorando sus condiciones de aprendizaje sin depender permanentemente de un programa externo.

Qué nos enseña esta experiencia

Este caso muestra el esfuerzo de una directora por mejorar las oportunidades de aprendizaje y la disposición de un equipo docente para revisar sus expectativas.

Alejandra describió cambios en la participación y el ambiente escolar. Cristian relató que algunos estudiantes que recibían apoyo adicional realizaron actividades que él no esperaba.

Estas experiencias lo motivaron a reconsiderar tanto lo que esperaba de sus estudiantes como las prácticas que estaba dispuesto a intentar.

Son observaciones de educadores, no resultados de una investigación controlada. No permiten atribuir todos los cambios exclusivamente al programa.

Aun así, plantean preguntas importantes: ¿con qué frecuencia interpretamos las dificultades actuales de un niño como límites permanentes? ¿Cuántas veces mantenemos una práctica porque nos resulta conocida?

¿Qué podría ocurrir si, además de reconocer las dificultades de los estudiantes, examináramos las condiciones que podemos cambiar para ayudarlos a aprender?

Reflexión final

La experiencia de María Escobillana comenzó con la decisión de Alejandra Araya de buscar mejores oportunidades para su comunidad escolar.

Su liderazgo ayudó a coordinar el trabajo docente. Las observaciones de Cristian Sepúlveda aportaron otra enseñanza: algunos niños mostraron capacidades que él no esperaba.

La experiencia invita a revisar nuestras expectativas y a observar cómo las prácticas docentes pueden ampliar o restringir las oportunidades de aprendizaje.

No significa que todo cambio sea fácil ni que un único enfoque resuelva todas las dificultades. Muestra el valor de trabajar juntos, observar los avances y modificar lo que sea necesario para ayudar a los estudiantes.

Cambiar una realidad educativa puede comenzar por preguntarnos qué podemos hacer de manera diferente.

Una contribución duradera de estas experiencias puede ser la capacidad que desarrollan los equipos para continuar mejorando por sus propios medios.

Antes de decidir lo que un niño no puede aprender, conviene preguntarnos qué condiciones podríamos cambiar para darle una oportunidad real.

Nota sobre las fuentes: Caso histórico elaborado a partir del relato de Sylvia Langford sobre el seminario de 2014 y la colaboración con el Colegio María Escobillana Guzmán, junto con los testimonios de Alejandra Araya y Cristian Sepúlveda. Las citas directas se mantienen en su redacción original. Los cambios señalados son observaciones de los educadores, no efectos medidos de manera independiente.